

ahora, se hallaba limitado a las poquísimas personas a cuyas manos excepcionalmente habían llegado los primeros estudios y traducciones que en España habían hecho ya de la poesía de Pessoa, Joaquín de Entrambasaguas, Angel Crespo y Manuel Ildefonso Gil.

Luis Ríos

Facultad de Filosofía y Letras

MARGARITA QUIJANO, *Hamlet y sus críticos*, Facultad de Filosofía y Letras, México, 1962; 186 pp.

Profundo conocimiento de las obras de Shakespeare demuestra poseer Margarita Quijano, quien durante varios años ha ofrecido un curso sobre el gran dramaturgo en la Universidad, lo que le ha permitido calar a fondo en el mundo vastísimo y humano de uno de los clásicos más extraordinarios de todos los tiempos.

En su estudio sobre *Hamlet*, la autora discute o amplía juicios sobre este enigmático personaje que, a lo largo de los siglos, ha sido tema nunca agotado por críticos e investigadores de muchos países y de disímiles métodos de enjuiciamiento. A los románticos del siglo XIX, que sólo veían en esta obra los problemas que plantea la indecisión, siguió una lista de numerosos estudiosos que continuaron, con fervor y rigor, intentando resolver las dudas y conflictos de una figura que, más que ente de ficción, parece personaje vivo y presente en la realidad. Porque, en verdad, los conflictos a que se enfrentó Hamlet siguen apasionando a los hombres contemporáneos, que ven en él al lúcido intelectual, al pionero de la psicología que llegó a calar agudamente en la compleja alma de los seres humanos, ayudando a destruir —insigne *alter ego* shakesperiano— los males que ocasiona la corrupción y el fanatismo.

Testigo y actor en el intenso drama de Elsinore, víctima y verdugo de sí mismo y de algunos de sus semejantes, Hamlet se enfrentó, solo y radiante, a las fuerzas tenebrosas de la opresión, de la lascivia y la podredumbre que aquejaban a su pueblo. Si bien es cierto que en la heroica empresa perdió a su amor (*I loved Ophelia; forty thousand brothers / Could not, with all their quantity of love / Make up my sum*) y su misma vida, su palabra estremecida por la verdad y la poesía sigue llevando un mensaje de ternura y claridad a todas las almas.

La autora opina que en esta obra el tema fundamental es el de la podredumbre, más que el de la indecisión, la venganza o la lujuria. ¿No será más bien el de la desesperación de un espíritu noble y puro? Hamlet, dueño de una vida interior que valía mucho más que las superficiales de sus enemigos, existía muriendo, y era el ojo, el alma y corazón de su pueblo. Individualista, egoísta, le ha llamado alguna crítica miope. Ese enfoque es injusto: en él, en su alma taciturna y clarividente, palpitaba el entero drama de Dinamarca. Su dolor, para nosotros, no era personal: trascendía esos límites; era colectivo. Asistía al triunfo de la infamia, del asesinato, de la desenfrenada y ostentosa lujuria y, a la vez, a la pérdida desdichada de los seres más queridos. Mas Hamlet se enfrenta al mal y sale vencedor, pese a que deja su propia vida en el valeroso empeño. Ese su mérito, esa la raíz de su inmortalidad, alimentada por el genio que supo recrear su tema: Shakespeare.

Obra de amor y de dolor, de pasiones desatadas y de muerte, *Hamlet* reúne en sus páginas una densidad de vidas, de experiencias, que casi no tienen paralelo junto a la diversidad de creaciones de otros autores que podrían acercársele. En mi opinión, es la obra más fascinante de Shakespeare.

Para Margarita Quijano, Hamlet es el antihéroe porque libra una lucha interna, callada y solitaria por el bien de su pueblo. Nos parece acertado que la autora no esté de acuerdo con el juicio superficial de Salvador de Madariaga, quien pretendió defender y hasta hallar méritos en el infame traidor Claudio. Justo es el enfoque de Margarita Quijano cuando expresa: "Hamlet y Claudio representan dos conceptos antitéticos e irreconciliables de concebir la vida; de ahí el choque entre ellos al entrar en contacto. Claudio tiene como meta el poder, el placer, el éxito material; mientras Hamlet medita sobre la existencia del Bien y del Mal, de la injusticia y del sufrimiento de la humanidad" (p. 59).

Hamlet personifica al intelectual a quien no deslumbran ni engañan las vanas apariencias de la realidad, al gran poeta de lo cotidiano que sabe extraer máximas de verdad y de justicia del dialéctico choque de las fuerzas contrarias. Supera, trasciende su duda, su alucinado sueño, su locura aparente, y llega a lo concreto, a la acción que transforma la realidad. En este sentido, es un revolucionario. Más que un débil de espíritu, es una fortaleza de decisión, un arquitecto de sueños que no está conforme hasta no verlos plasmados en actos verificados. Exacto es el enfoque de Harry Levin cuando dice (*The Question of Hamlet*, New York, 1959, pp. 102-103): "It is because Hamlet knows himself that he can be true to

himself; self-knowledge is the precondition of the integrity that Laertes crucially lacks; hence introspection is a source of strength rather than weakness of character."

Nutrida en bibliografía especializada, esta obra prestará un valioso servicio a los numerosos lectores de *Hamlet*, pues les permitirá enfrentarse, mejor armados, a ese insondable abismo de fascinación y de misterio que siempre se ha encerrado en sus páginas.

RAÚL LEIVA